

# *La que sostiene la Península es guerra nacional: identidades colectivas en Valencia y Andalucía durante la Guerra de la Independencia\**

SCOTT EASTMAN  
*University of California, Irvine*

**M**IENTRAS los ejércitos de Napoleón avanzaban hacia el sur, en 1809, un clérigo malagueño llamado D. F. J. Molle trataba de reparar los fracasos militares de España incitando al pueblo a rebelarse y resistir como un solo hombre. Las fuerzas francesas habían conseguido victorias decisivas ante los ejércitos aliados español y británico, obligándoles a retirarse hasta La Coruña y escapar por mar; habían tomado ciudades asediadas y parecían listas para conquistar la Península. Pero gran parte de España seguía desocupada, y en todas las provincias resonaban las llamadas al combate. El clero tuvo un papel verdaderamente crucial a la hora de condenar a los franceses y suplicar a la gente que se sumara a la lucha. Molle concebía la península entera como

... un campamento y una fabrica de armas. Antes que los hombres vayan a la guerra conviene disciplinarlos, armarlos y vestirlos, y despues proveerlos de víveres. Sea esta la santa ocupacion de todos los Españoles, oiganse en sus plazas los estrépitos del martillo, del hierro y del bronce: salgan a campaña todos los jóvenes solteros de 16 a 40 años: los casados fabriquen armas y llevenlas a los exércitos juntamente con los víveres: las mugeres hagan tiendas de campaña y vestidos para la tropa... los Clerigos y Religiosos fomenten la opinion pública... Prediquen en todos los parages públicos la defensa y amor a la Patria: fomenten el valor de los guerreros, y sostendrán de este modo la causa santa que defendemos los Españoles<sup>1</sup>.

---

\* Éste fue uno de los dos trabajos ganadores de la segunda edición del Premio Internacional José Antonio Maravall de Historia Política (2004). El otro trabajo premiado se publicará en el próximo número de *Historia y Política*.

<sup>1</sup> D. F. J. de Molle, *Efectos de la lealtad y del valor heroyco de los Españoles*. Por D. F. J. de Molle, *Presbítero* (Málaga, 1809), en *Colección Documental del Fraile* (CDF), Servicio Histórico Militar, vol. 36, signatura 214.

Desde el Imperio se hacían llamamientos similares, mientras el arzobispo de Méjico promulgaba un manifiesto en el que exhortaba a los americanos a colaborar en la guerra contra Francia<sup>2</sup>. Estos y otros muchos casos similares subrayan la centralidad de los eclesiásticos en la diseminación e interpretación de los valores políticos y culturales. La Iglesia, situada en la cúspide de una población mayoritariamente rural y analfabeta en un Estado absolutista, funcionaba como un medio de comunicación esencial para los españoles de la Península y el Imperio. Llamar a los fieles al combate no era nuevo para esta generación de clérigos seculares y regulares, pues habían desempeñado un importante papel en la guerra contra la Convención desde 1793-95. Pero durante la ‘revolución’ de 1808 —el nombre que se dio a la guerra en la época— la prensa, los notables locales y los clérigos comenzaron a formular una concepción moderna de la identidad nacional e intentaron movilizar al populacho con retórica nacionalista. Aunque estos discursos seguían básicamente vinculados a nociones de tradición y catolicismo propias del Antiguo Régimen, además de a las lealtades regionales, la pugna de los españoles por definirse en oposición a los franceses durante la guerra hizo que empezara a surgir un lenguaje marcadamente nacionalista, capaz de franquear las barreras entre clases y regiones.

Este trabajo reconstruye, desde la perspectiva de la religión popular, las distintas identidades que fueron promovidas a nivel regional durante la Guerra de Independencia. En el caso de la Cerdanya catalana, Peter Sahlins ha explicado de qué maneras llegó a ser fomentado el nacionalismo por medio del localismo durante dos siglos marcados por la guerra y las disputas fronterizas. En la Cataluña española la identidad catalana representó casi un sucedáneo de la identidad nacional, mientras que, hacia mediados del siglo XIX, los catalanes franceses tendían a considerar la cultura regional como folclore<sup>3</sup>. La obra de Sahlins da protagonismo a los aldeanos, demostrando que fueron capaces de construir una identidad nacional que «derivaba su fuerza de... persistentes expresiones de la identidad local»<sup>4</sup>. Los casos de Valencia y Andalucía, dos de las re-

---

<sup>2</sup> Francisco Xavier de Lizana y Beaumont, *Exhortacion del Illmo. Señor Don Francisco Xavier de Lizana y Beaumont, Arzobispo de Méjico, en que manifiesta la obligacion de socorrer a la Nacion Española en la actual guerra con la Francia* (México, 1808), en *Colección Lafragua* (CL), Biblioteca Nacional, México, vol. 714.

<sup>3</sup> Peter Sahlins, *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees* (Berkeley, 1989).

<sup>4</sup> Peter Sahlins, «The Nation in the Village: State-Building and Communal Struggles in the Catalan Borderland during the Eighteenth and Nineteenth Centuries», *The Journal of Modern History* 60 (Junio de 1988), 261.

giones que resistieron más tiempo a la ocupación francesa durante la Guerra de Independencia, parecen indicar que algunas identidades regionales importantes quedaron subsumidas en identidades nacionales en el curso de la campaña contra Francia. Las altas jerarquías de la Iglesia, los curas y los frailes transmitieron a sus feligreses visiones rivales de la identidad nacional española por medio de sermones, instrucción pastoral y catecismos políticos. Sin despojarse del todo de sus lealtades regionales históricas, los súbditos de la monarquía empezaron a concebirse a sí mismos como un pueblo inconfundiblemente español. Sus identidades, estructuradas en forma de círculos concéntricos o de complejas redes de relaciones, acabaron confluyendo en la nación durante la Guerra de Independencia.

Las expresiones de la identidad nacional española moderna, fundadas en una religiosidad católica y situadas en la esfera de influencia de la Iglesia, se centraban en el desarrollo de la idea del pueblo como nación. Como España se concebía, en lenguaje esencialista, como un Estado y un pueblo católicos —‘el pueblo de Dios’—, la transición hacia una concepción moderna de *el pueblo español* resultó en un discurso sobre la identidad nacional fluido y sin costuras<sup>5</sup>. De ahí que los clérigos pudieran hablar del pueblo en términos unitarios bajo la bandera de la religión. Felipe Scio, un cura valenciano, se dirigió en un sermón a la nación y a los fieles, mezclándolos a medida que hablaba: «Españoles! Pueblo católico, y que hace gloria de serlo...»<sup>6</sup>. Pero la formulación de la idea del pueblo español no provenía sólo de expresiones religiosas: a principios del siglo XIX la identidad regional seguía siendo un potente símbolo. Las identificaciones regionales, expresadas en términos como ‘*el pueblo valenciano*,’ no se referían sólo a los habitantes de una localidad, sino también a los de la provincia entera o *patria chica*.

---

<sup>5</sup> El lenguaje del nacionalismo se ha tratado en obras como María Cruz Seoane, *El Primer Lenguaje Constitucional Español (Las Cortes de Cádiz)* (Madrid, 1968); Pierre Vilar, «Patria y Nación en el vocabulario de la guerra de la Independencia española», en *Hidalgos, Amotinados y Guerrilleros: Pueblo y poderes en la historia de España* (Barcelona, 1982); y Juan Francisco Fuentes, «Concepto de *pueblo* en el primer liberalismo español», en *Trienio, Ilustración y Liberalismo* 12 (Noviembre de 1988), 176-209. Pero ninguna de estas obras examina cómo se utilizaron y recibieron los discursos sobre la identidad nacional de la Iglesia.

<sup>6</sup> Felipe Scio, *Sermón que inspirado de Dios, y por su mandato, predicó el profeta Jeremías, en la puerta del templo de Jerusalén, exhortando al pueblo a una sincera conversión, si no quería ser entregado en manos de sus enemigos... por un sacerdote deseoso del bien de la religión y de la patria* (Valencia, 1809), en CDF, vol. 43, sig. 254, 7.

Los relatos de la época sugieren que, a principios del siglo XIX, la religión seguía siendo una seña de identidad básica, y que el clero tenía una influencia considerable sobre las comunidades donde ejercían su labor. Tras aguantar un sermón en Ciudad Rodrigo, un capellán que acompañaba al ejército británico en España llegó a la conclusión de que «el predicador era elocuente, e impresionó visiblemente a su audiencia»<sup>7</sup>. Su testimonio subraya aun más la centralidad del catolicismo en la guerra, y los profundos «prejuicios religiosos» a que se enfrentaban los ingleses, al observar: «cuando cualquier oficial se presenta como un irlandés, hay una inmediata exclamación de orgullo y alegría —‘es católico, es irlandés’—; y desde entonces toda la familia le trata con la mayor cordialidad»<sup>8</sup>. En un relato de viaje escrito dos décadas antes, el inglés Joseph Townsend describió los lazos emocionales de los españoles con su fe —aunque la audiencia, a su juicio perspicaz y con criterio, cuestionaba algunos aspectos del dogma—. Townsend contaba cómo el fraile capuchino Diego de Cádiz había predicado varias noches sucesivas en la plaza mayor de Cartagena ante más de diez mil personas:

Un guardián atendía constantemente a este hombre... para evitar que su ropa fuera desgarrada de su espalda y convertida en reliquias. Sus palabras eran escuchadas con la mayor atención... Pero uno de sus sermones tenía tendencias perniciosas; y el sentido del honor, de la gratitud y la piedad filial están tan profundamente grabados en el corazón humano que pocos parecieron disfrutar de su doctrina. Cuando trató de convencerles de que el deber les obligaba a acusar ante el tribunal de la Inquisición a sus amigos más cercanos y queridos, dio la impresión de que la mayoría de sus oyentes se estremecieron de repugnancia<sup>9</sup>.

Este pasaje parece indicar que los españoles no aceptaban y obedecían ciegamente todos los principios del catolicismo, pero también da una idea del poder y la importancia de la religión en sus vidas. La recepción de sermones semejantes, mediada por las normas culturales y las estructuras socioeconómicas y políticas de la

---

<sup>7</sup> James Wilmot Ormsby, *An Account of the Operations of the British Army, and of the State and Sentiments of the People of Portugal and Spain, during the Campaigns of the Years 1808 & 1809* (Londres, 1809), 3.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, 46.

<sup>9</sup> Joseph Townsend, *A Journey though Spain in the years 1786 and 1787* (Londres, 1792), 147-48.

época, desempeñó un papel crucial en el desarrollo del nacionalismo español.

El extremismo religioso visceral postulado por estos clérigos entusiastas no sólo fue censurado por los visitantes extranjeros, sino también por algunos españoles influyentes. José Blanco White, un destacado crítico de la Iglesia que se refugió en Inglaterra en 1810, declaró: «La influencia de la religión en España no tiene límites, y divide a sus habitantes en dos clases: fanáticos e hipócritas»<sup>10</sup>. El jefe de policía en Madrid en 1809 insistía en que «eran muy repetidos y frecuentes los avisos en la Corte y en las provincias de los ‘incalculables daños que causan a la opinión y espíritu público algunos sacerdotes fanáticos’ que inspiraban a sus penitentes las ‘más detestables’ máximas»<sup>11</sup>. Un clérigo afrancesado que colaboraba con las autoridades de ocupación francesas acusó también a la Iglesia de extremismo, declarándose horrorizado ante las «voces de la ignorancia y el atropello de los fanáticos»<sup>12</sup>. El tópico del fanatismo y exceso religiosos, surgido en el siglo XVI en los debates sobre el tratamiento de los pueblos indígenas del Nuevo Mundo, seguía marcando el discurso de los observadores extranjeros y los españoles descontentos durante el siglo XIX.

Algunos estudios actuales, incluso, han descrito a la Iglesia decimonónica como una institución atávica y apocalíptica, remontando el desarrollo posterior del nacional-catolicismo a principios del siglo XIX. La idea de que el clero simbolizaba la naturaleza reaccionaria del carácter español está arraigada en gran parte de la historiografía sobre la Guerra de Independencia. La concepción de un carácter nacional inmutable ha sido un elemento esencial en el desarrollo de la ideología nacionalista, pero también se ha integrado en el discurso histórico. Un historiador sostiene que «el patriotismo ciego, predicado y vivido con mesianismo religioso, se convertirá en el ingrediente principal de la religiosidad de los españoles durante la guerra»<sup>13</sup>. Al analizar la cultura de la España de la Ilustración, Juan Pablo Fusi insiste en que «la... movilización ideológica de los sectores más reaccionarios de la Iglesia... hacía de la fe católica la esencia de España... e identificaba catolicismo con la nación y la

<sup>10</sup> José Blanco White, *Cartas de España* (Madrid: 1972), 41.

<sup>11</sup> Pablo Arribas, citado en Manuel Moreno Alonso, *Los españoles durante la ocupación napoleónica: La vida cotidiana en la vorágine* (Málaga, 1997), 200.

<sup>12</sup> Modesto Medrano, citado en Moreno Alonso, *Los españoles durante la ocupación napoleónica*, 200.

<sup>13</sup> Moreno Alonso, *Los españoles durante la ocupación napoleónica*, 190.

monarquía española»<sup>14</sup>. Algunos trabajos influidos por el marxismo han sostenido que la hegemonía católica en la España decimonónica se debió en parte a la debilidad de la burguesía, restando importancia a las considerables diferencias ideológicas que existían en el seno del clero<sup>15</sup>. Estos estudios han minimizado el papel de los clérigos liberales, que defendieron sin éxito la necesidad de hacer reformas y fueron perdiendo terreno ante las fuerzas de la reacción desde que los liberales accedieron al poder durante el reinado de Isabel II.

Está claro que el nacionalismo español no provenía de una tradición puramente secular. A propósito de las conmemoraciones del Dos de Mayo a lo largo del siglo XIX, Adrian Shubert ha destacado la debilidad del «nacionalismo secular, [que] contrasta marcadamente con la energía y el entusiasmo con que se promovía la representación simbólica de la identidad religiosa de España»<sup>16</sup>. Este autor sostiene que «la identidad nacional religiosa no fue desplazada por una laica hasta la Guerra Civil»<sup>17</sup>. Pero no está claro que a principios del siglo XIX se pueda extraer una identidad nacional española secular y coherente de sus cimientos religiosos: tanto los liberales como los partidarios del despotismo ilustrado y el absolutismo veían las raíces de la nación en la fe católica. Desde la perspectiva de la Francia secular y centralizada posterior al reinado de Luis XIV, el caso de España se ha visto a menudo como una aberración. Muchos historiadores la han considerado un país 'peculiar' en el contexto político de la Europa occidental.

La historiografía de la España contemporánea está plagada de metáforas de fracaso, y de alusiones a su retraso y estancamiento. Los historiadores de la sociedad, la economía o la política españolas han encontrado muchos ejemplos de políticas y estructuras supuestamente retrógradas, desde el desarrollo económico del siglo XIX a las instituciones del franquismo. Las comparaciones implícitas o explícitas con Gran Bretaña y Francia han tendido a servir como prueba del carácter 'fallido' del Estado español. Este diagnóstico se ha trasladado a los estudios sobre el nacionalismo y la identidad en España, donde la prominencia de los nacionalismos

---

<sup>14</sup> Juan Pablo Fusi, *España: La evolución de la identidad nacional* (Madrid, 2000), 154-55.

<sup>15</sup> José Antonio Portero, *Púlpito e ideología en la España del siglo XIX* (Zaragoza, 1978), 239.

<sup>16</sup> Adrian Shubert, *A Social History of Modern Spain* (Londres, 1990), 204.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 205.

periféricos y movimientos regionalistas en el siglo xx ha hecho necesario realizar una interpretación histórica y un detenido análisis de las relaciones entre el centro y la periferia. De ahí que gran parte de la bibliografía sobre el nacionalismo español comience con la segunda mitad del xix y el surgimiento de los nacionalismos vasco y catalán más que con la Guerra de Independencia o la Ilustración. Incluso los trabajos que hacen hincapié en el fracaso del Estado liberal para 'inventar' las tradiciones nacionales suelen arrancar con el predominio de los liberales en la década de 1830.

A la altura de los años 80 del siglo pasado había pocos trabajos sobre cuestiones de nacionalismo español, pese al creciente número de obras que abordaban la identidad nacional desde una amplia gama de perspectivas. A juicio de Xosé Núñez Seixas, la bibliografía sobre el tema seguían siendo limitada e incompleta, y a menudo se centraba en factores políticos e ideológicos a expensas de la historia social o cultural. Para llenar estas lagunas historiográficas, este autor ha apuntado «la necesidad de una investigación más profunda de la cuestión nacional española... y la supuesta tensión entre región y nación»<sup>18</sup>. Una breve exposición de dos importantes tendencias interpretativas del desarrollo de los nacionalismos periféricos en España servirá para subrayar cómo centrarse en los inicios del siglo xix y alejarse de metodologías puramente estructurales puede contribuir a iluminar la cuestión del nacionalismo español.

La mayoría de los historiadores del nacionalismo han considerado al Estado y a los políticos como los árbitros de la identidad en la época contemporánea. En lugar de ver la historia desde abajo, han analizado la alta política y las instituciones del Estado. Javier Varela, por ejemplo, pretende que «es el Estado, y no la cultura o el carácter diferencial, ni el mercado o la 'burguesía,' el creador de la nación»<sup>19</sup>. Borja de Riquer i Permanyer subraya el papel de la clase política y, en esencia, extrapola el paradigma del fracaso de la historia económica y social al estudio del nacionalismo español. Para este autor, la responsabilidad del fracaso en la creación de una identidad nacional integradora «recae en todo caso en los hombres que dictaron tales normas, en la propia clase política decimonónica española, en los grupos dirigentes del proceso revolucionario libe-

---

<sup>18</sup> Xosé M. Núñez Seixas, *Historiographical Approaches to Nationalism in Spain* (Saarbrücken, 1993), 146.

<sup>19</sup> Javier Varela, «Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español», *Studia Histórica-Historia Contemporánea* XII (1994), 34.

ral»<sup>20</sup>. Riquer defiende una «débil, o casi inexistente, conciencia de identidad nacional española» y advierte de que «en fecha tan tardía como 1889, los redactores de la revista *La España Regional* afirmaban: 'En España no hay verdadera conciencia nacional porque en realidad no hay nación, ni menos aún unidad nacional, sino un conjunto de nacionalidades dentro de un solo Estado.'» Para explicar la génesis de los nacionalismos regionales, insiste en que «el fracaso del nacionalismo español del siglo XIX, o la crisis de su penetración social, [fue] un factor que incluso [ayudó] al éxito político de los nacionalismos alternativos»<sup>21</sup>. Mientras Fusi adopta un enfoque más estructural, concibiendo el Estado español de 1900 como una nación consolidada y restando importancia a la pluralidad de identidades que había dentro de sus fronteras, Riquer atribuye la debilidad de la identidad nacional española a la precariedad del Estado liberal decimonónico, improvisado durante la guerra civil de la década de 1830 e incapaz de alcanzar estabilidad hasta la Restauración de 1875<sup>22</sup>.

Los historiadores marxistas también han buscado en los procesos de modernización la causa de la divergencia entre nacionalismo estatal e identidades periféricas. Eric Hobsbawm, por ejemplo, ha propuesto una teoría del desarrollo del nacionalismo moderno en tres fases, inspirada en parte en Miroslav Hroch. A su juicio, el nacimiento de los nacionalismos catalán y vasco corresponde a la segunda fase, cuando hacia finales del siglo XIX ambos empezaron a subrayar una serie de características etno-lingüísticas particulares como base de la nación. Hobsbawm, que se centra en gran medida en la lengua y la cultura impresa, mantiene que la educación moderna, patrocinada por el Estado, y algunos procedimientos administrativos como los censos dieron protagonismo a la lengua y la transformaron en una cuestión política<sup>23</sup>. Su enfoque, similar al de Riquer, subraya el papel del Estado en los orígenes del nacionalismo.

La investigación más reciente ha intentado integrar a la cultura en la esfera de lo político. Algunos trabajos siguen comenzando a

---

<sup>20</sup> Borja de Riquer i Permanyer, «Sobre el lugar de los nacionalismos-regionales en la historia contemporánea española», *Historia Social*, 7 (primavera-verano 1990), 120.

<sup>21</sup> Borja de Riquer i Permanyer, «La débil nacionalización española del siglo XIX», *Historia Social* 20 (otoño 1994), 113.

<sup>22</sup> Juan Pablo Fusi, «Revisionismo crítico e historia nacionalista (A propósito de un artículo de Borja de Riquer)», *Historia Social* 7 (primavera-verano 1990), 127-134.

<sup>23</sup> E. J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality* (Cambridge, 1990), 96-107.



mediados del XIX, mientras otros examinan en detalle los inicios del siglo. En su estudio sobre el marco cultural de la identidad española moderna, E. Inman Fox se centra en «una identidad nacional que nace en España con el Estado liberal hacia mediados del siglo XIX»<sup>24</sup>. José Álvarez Junco, en cambio, ha explorado las raíces culturales y políticas del ‘españolismo’ a lo largo de todo el siglo, concediendo a las primeras décadas una relevancia que otros autores han pasado por alto. Aunque desde la ventajosa perspectiva actual considera que tanto el nacionalismo español como los nacionalismos periféricos fueron fracasos —o a lo sumo éxitos limitados—, sin duda matiza su argumento señalando que la interpretación nacionalista de las insurrecciones de 1808 constituyó un mito dinámico con el que se pudo exaltar la nación<sup>25</sup>.

En este ensayo, he explorado el desarrollo de los discursos tempranos del nacionalismo español desde una perspectiva local más que como una ideología fomentada por el Estado. Mi intención es alejarme de análisis puramente políticos y estructurales y centrarme en la historia social y cultural. La tesis que defiendo es que un impulso desde abajo, instigado en gran medida por clérigos, facilitó la elaboración de un relato que convertía al pueblo en protagonista de la guerra. La consagración legal del pueblo como nación en la Constitución de 1812 partió, por tanto, de un lenguaje ya existente. En medio de una ocupación extranjera y una rebelión militar, unos clérigos en gran medida autónomos e implicados en todos los aspectos de la guerra y la revolución política transmitieron a la población nuevos discursos sobre la identidad nacional.

Me he centrado en los sermones y la instrucción religiosa que escribieron los clérigos españoles durante la Guerra de Independencia, y que se conservan en los archivos de la Biblioteca Nacional y el Servicio Histórico Militar, ambos en Madrid. Los documentos están seleccionados sobre todo en función de su contenido político; los sermones que tratan exclusivamente del dogma católico y los temas bíblicos no se han incluido en el trabajo. Si se analiza desde una perspectiva clasista, ideológica y regional, este material parece indicar que el nacionalismo español se desarrolló en un amplio espectro ideológico y regional, y a menudo trascendió las barreras de clase. Mientras los afrancesados, que habían llegado a la mayoría de edad durante el reinado de Carlos III y las reformas

---

<sup>24</sup> E. Inman Fox, *La invención de España* (Madrid, 1998), 11.

<sup>25</sup> José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa: La idea de España en el siglo XIX* (Madrid, 2001), 607, 144.

borbónicas, coincidían con muchos clérigos nacionalistas en su visión del despotismo ilustrado, tanto la jerarquía eclesiástica como innumerables curas y frailes concebían la lucha contra Francia en un lenguaje nacionalista moderno.

Los clérigos, tanto si estaban metidos en política, predicando en la parroquia local o recorriendo España como misioneros, elaboraron nociones de identidad complejas y a menudo contradictorias, y a medida que transcurría la guerra las formularon en un lenguaje cada vez más nacionalista y moderno. La Ilustración había afectado profundamente a algunos elementos de la jerarquía clerical, aunque casi todos los eclesiásticos españoles rechazaron el radicalismo de la Revolución Francesa, simbolizado por las campañas de descristianización de los jacobinos. Describiendo las pautas de pensamiento dominantes en la España del siglo XVIII, Richard Herr ha sostenido que las élites rechazaron a menudo los ideales ilustrados y la retórica revolucionaria para distanciarse de los sentimientos irreligiosos de los *philosophes*. Este autor sostiene que «los españoles ilustrados... eran partidarios de las nuevas ideas en relación con el progreso científico, las reformas educativas, la prosperidad económica y la justicia social —todo lo cual podría describirse como *lucés*—, pero habría que buscar mucho entre aquella población creciente para descubrir a la inevitable minoría que cuestionaba su fe católica»<sup>26</sup>. Esto era especialmente cierto en los clérigos a quienes sus enemigos llamaban ‘jansenistas’, que profesaban incondicionalmente su fe al tiempo que abrazaban muchos de los principios de la Ilustración.

Las élites eclesiásticas y laicas del país acabaron por concebir la nación como un sistema de gobierno étnico o cívico, dos visiones rivales de la identidad que surgieron de marcos ideológicos divergentes. El nacionalismo étnico, o particularista, implica que la comunidad nacional es única sin establecer la correlación con la ciudadanía que está implícita en la concepción cívica del nacionalismo. El nacionalismo cívico, en cambio, surgió de la Revolución Francesa y de sus valores republicanos<sup>27</sup>. Cada una de estas categorías puede refinarse más si distinguimos entre los partidarios de formas de gobierno democráticas, liberales, absolutistas ilustradas y absolutistas<sup>28</sup>. Pocos clérigos españoles tenían una visión demo-

<sup>26</sup> Richard Herr, *The Eighteenth Century Revolution in Spain* (Princeton, 1958), 85.

<sup>27</sup> Geoff Eley y Ronald Grigor Suny, «Introduction: From the Moment of Social History to the Work of Cultural Representation», en Geoff Eley y Ronald Grigor Suny, *Becoming National* (New York, 1996), 4-5.

<sup>28</sup> Javier Fernández Sebastián, «España, monarquía y nación. Cuatro concep-

crática radical de la nación o doctrinas jacobinas, aunque muchos promovían la versión liberal del nacionalismo cívico, más común. Los liberales defendían una monarquía constitucional como la que había establecido la Constitución de 1812 y mantenían la tradición, supuestamente antigua, de convocar las Cortes. El absolutismo ilustrado había emergido durante el periodo de reformas borbónicas que se produjo bajo Carlos III, mientras que los emperadores Habsburgo de los siglos XVI y XVII personifican el paradigma tradicionalista del Estado orgánico jerárquico. Ambos modelos tendieron a presentar una variante étnica del nacionalismo moderno.

Entre los clérigos más conservadores y tradicionales, considerados por lo general la mayoría del clero español de la época, había manifiestas divisiones entre los reformistas y sus adversarios. Los absolutistas ilustrados apoyaban los intentos de modernizar el gobierno y la Iglesia y centralizar el Estado, simbolizados por los esfuerzos reformistas de Carlos III a finales del siglo XVIII, mientras que los absolutistas tradicionales clamaban contra cualquier proyecto que pareciese inspirado por Francia y defendían una monarquía tradicional y una Iglesia poderosa. Los clérigos absolutistas ilustrados pueden subdividirse entre los afrancesados, que apoyaban el gobierno de José I, y los que adoptaron una posición nacionalista contra Francia. Abundan los ejemplos de eclesiásticos que, pese a colaborar con los franceses, acabaron apoyando la Constitución de 1812 cuando la ocupación terminó y las tropas francesas fueron expulsadas de la Península<sup>29</sup>. Es difícil establecer categorías precisas, puesto que las motivaciones de los individuos y sus concepciones de la identidad se difuminaron como consecuencia de las tensiones entre liberalismo y nacionalismo y la experiencia de la guerra y la ocupación. Los clérigos españoles, a menudo desvinculados de las luchas para alterar la estructura del Estado, adoptaron posiciones políticas con frecuencia contradictorias, y en ocasiones radicales.

Los historiadores no se han puesto de acuerdo acerca del papel que tuvieron los clérigos en la Guerra de Independencia, ya que en la España del siglo XIX los eclesiásticos contrarrevolucionarios

---

ciones de la comunidad política española entre el Antiguo Régimen y la Revolución liberal», *Studia Histórica-Historia Contemporánea* XII (1994), 48. Mi enfoque sigue aproximadamente su tipología, aunque he distinguido entre ideales liberales y democráticos. Fernández Sebastián defiende la existencia de un anti-liberalismo romántico, mientras que yo encuentro marcadas convergencias entre la visión 'aus-tracista' tradicional y las ideas de singularidad cultural y lingüística.

<sup>29</sup> Gérard Dufour, *Un liberal exaltado en Segovia: El canónigo Santiago Sedeño y Pastor (1769-1823)* (Valladolid, 1989).

subvirtieron el Estado liberal con la misma frecuencia con que defendieron la tradición. William Callahan ha señalado que «para la mayoría del clero secular y regular, la lucha contra Napoleón era una guerra santa, una 'cruzada' contra un invasor para el que ningún calificativo era demasiado duro.» Incluso entre los escalones superiores de la jerarquía eclesiástica, advierte este autor, «hubo pocos eclesiásticos que siguieran simpatizando con la monarquía de José Napoleón»<sup>30</sup>. John Lawrence Tone, en cambio, sostiene que la frontera entre el campo y la ciudad en España determinó en gran medida la posición de cada clérigo. Este autor insiste en que «en la mayoría de los medios urbanos, como Madrid, Granada y Málaga, la mayor parte de los eclesiásticos apoyaron activamente al régimen francés»<sup>31</sup>. Pero pocos estudios académicos han analizado en detalle cuáles fueron exactamente las lealtades y posiciones políticas de los clérigos españoles durante la guerra. Las posiciones y relaciones de clase de los clérigos, fundamentales en términos de movilización popular y formación de ideologías, deben ponerse en el contexto socio-político de la época para examinar de qué maneras se repensó la identidad en España durante la Guerra de Independencia.

Como centros comerciales y agrícolas en expansión, Valencia y Andalucía presentan importantes similitudes, además de las notables diferencias que caracterizan a las variadas pautas socio-económicas de la España moderna y contemporánea. David Ringrose ha hecho hincapié en las redes regionales existentes en la economía española moderna, en oposición al funcionamiento de una economía 'nacional' coherente. Valencia, y ciudades tan meridionales como Málaga, tenían marcados vínculos con el comercio mediterráneo centrado en Barcelona. Sus crecientes conexiones con el interior habían forjado fuertes lazos regionales. A pesar de los vínculos que tenía con el Imperio colonial a través de los puertos de Sevilla y Cádiz, Andalucía experimentó también cómo «su red urbana se volvió cada vez más regional a lo largo de los siglos XVIII y XIX»<sup>32</sup>. En contraste con los investigadores que consideran a la modernización como el principal agente causal de los siglos XIX y XX, Ringrose observa que los procesos de «industrialización y modernización alteraron sor-

---

<sup>30</sup> William J. Callahan, *Church, Politics, and Society in Spain, 1750-1874* (Cambridge, Massachusetts, 1984), 89, 87.

<sup>31</sup> John Lawrence Tone, *The Fatal Knot: The Guerrilla War in Navarre and the Defeat of Napoleon in Spain* (Chapel Hill, 1994), 149.

<sup>32</sup> David Ringrose, *Spain, Europe and the 'Spanish Miracle' 1700-1900* (Cambridge: 1996), 307.

prendentemente poco la matriz de lugares centrales [redes urbanas] que había surgido en Europa a la altura del siglo XVI<sup>33</sup>.

Este autor destaca que el desarrollo económico regional de los centros de comercio locales se caracterizó a la vez por el cambio y la continuidad. Pese a la discrepancias entre el censo de 1787 y el de 1797, sus datos sobre la composición demográfica y social de la España meridional y el Levante reflejan a grandes rasgos un crecimiento de la población y un aumento de la desigualdad social, junto con una manifiesta línea divisoria entre el campo y la ciudad. De la población total de 10 millones y medio de habitantes que arroja el censo de 1797 —que a la altura de 1808 se acercaba a los 12 millones—, la región valenciana registraba 825,059 y Andalucía 1,897,980, casi una quinta parte del total. Valencia, la tercera ciudad más grande de la España de la época, tenía una población cercana a los 100,000 habitantes; Sevilla, Granada, Córdoba y Cádiz la seguían con entre 90,000 y 50,000 cada una. A principios del siglo XIX, aproximadamente el 71,5 por cien de la población trabajadora (masculina) del país en su conjunto estaba empleada en la artesanía o la agricultura, sea como arrendatarios o como jornaleros sin tierra, e integraba la clase baja. La clase media, equivalente a un diez por ciento de la población, se dedicaba a la administración, a profesiones como la abogacía y la medicina o al ejército, mientras que el comercio, la industria y los pequeños propietarios campesinos representaban un escaso 2,5 por cien. El catorce por ciento de la población puede identificarse como nobleza y el 1,5 por ciento militaba en las filas del clero, aunque en Valencia y Andalucía había menos de un uno por ciento de nobles. En proporción a la población activa en conjunto, los agricultores representaban en 1797 el 64,7 por cien y el 67,3 por cien del total en Andalucía y Valencia, respectivamente, lo que indica la prominencia del sector agrícola en la España de la época<sup>34</sup>. La clase formada por los campesinos pobres iba creciendo, sobre todo en Andalucía, a medida que se agudizaban las desigualdades sociales, exacerbadas por la privatización de tierras.

Las desigualdades en la distribución de la tierra se reflejaban en las concentraciones del clero en las distintas partes de España. En el norte, la proporción entre clérigos y feligreses oscilaba entre un clérigo por cada doscientas personas y uno por cada cuatrocientas,

<sup>33</sup> *Ibíd.*, 302.

<sup>34</sup> *Historia de España y América social y económica*. Vol. IV. *Los Borbones. El siglo XVIII en España y América*, dir. J. Vicens Vives (Barcelona, 1977), 4-10. Véase también Juan Plaza Prieto, *Estructura económica de España en el siglo XVIII* (Madrid, 1975), 146-89.

mientras que en Córdoba y Sevilla llegaban a uno por cada más de mil. Pero este tipo de cifras esconden la considerable presencia clerical en las ciudades, pues Valencia albergaba a 2,610 eclesiásticos dentro de una población total de poco menos de 100,000. En Sevilla, el clero regular representaba un cincuenta y nueve por ciento de la comunidad eclesiástica, y sus ochenta y cuatro monasterios y conventos tenían un papel más destacado en los servicios religiosos que las treinta iglesias parroquiales. La mayoría de los clérigos, tanto seculares como regulares, residían en la España urbana, y a menudo dejaban vacantes las parroquias rurales. De los aproximadamente 148,409 curas y religiosos del país, los regulares eran más del doble que los párrocos. Las órdenes religiosas contaban con 53,098 miembros y 24,471 monjas, mientras que sólo había 22,000 curas<sup>35</sup>. Pese a las extremas disparidades regionales, Callahan sostiene que «la Iglesia del siglo XVIII era omnipresente; nadie escapaba a su influencia»<sup>36</sup>. El clero ejercía un poder tremendo en todas las regiones de España.

A finales de mayo de 1808, se produjo en Valencia una convulsión que desplazó al gobierno local y estableció una junta central, un comité destinado a dirigir la ciudad en épocas de crisis y guerra. Tras el levantamiento inicial contra Murat del 2 de mayo en Madrid, en todas las regiones de España y más tarde en el Imperio se habían formado juntas de manera espontánea para servir como autoridades provisionales ante el vacío de poder provocado por la detención del rey en Francia. A menudo formaban parte de ellas figuras destacadas de la comunidad, incluidos obispos y canónigos. Estas juntas declararon que la soberanía popular, y por extensión la nación, residían en sus órganos de gobierno de nueva planta. La Junta Central, formada en septiembre y compuesta por miembros de cada una de las juntas provinciales, también pretendió hablar en nombre de la nación. Las reivindicaciones originales de las juntas regionales, legisladas y reificadas formalmente en la Constitución de 1812, se transformaron en potentes afirmaciones de la identidad nacional. Así, los constitucionalistas definieron la nación como «la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios» y afirmaron que la soberanía residía «esencialmente en la Nación»<sup>37</sup>. Los discursos nacionalistas, formulados originalmente a nivel local, alteraron de manera fundamental la estructura y luchas políticas de la España decimonónica.

<sup>35</sup> Callahan, *Church, Politics, and Society in Spain, 1750-1874*, 8-21.

<sup>36</sup> *Ibid.*, 2.

<sup>37</sup> *La Constitución de 1812*, en *Los inicios del constitucionalismo español: de las cortes de Cádiz a la crisis de la monarquía absoluta (1808-1833)* (Valencia, 1980), 119.

Los acontecimientos de mayo y junio de 1808, que condujeron a la declaración de guerra contra Francia de la Junta Suprema de Valencia, demuestran la confluencia de sentimientos regionalistas y nacionalistas y la centralidad de los clérigos y las imágenes religiosas. Juan Rico, un franciscano residente en la capital de Valencia y dirigente de la junta provincial, describió el periodo como una guerra revolucionaria de independencia entre el pueblo español y el Imperio francés. Este fraile formuló un nacionalismo marcadamente liberal, basado en la idea radical del pueblo como nación. Aunque están escritas tres años después del levantamiento inicial, sus *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia* son un testimonio de la identidad nacional tan definida que se forjó durante la guerra:

Siendo la revolucion general de España un conjunto de las parciales que hubo en cada provincia, que todas por distintos modos, aunque dirigidas a un mismo fin y casi al mismo tiempo, tuvieron por objeto el sacudir el yugo de la esclavitud y vengar los insultos cometidos por el gobierno frances contra el Pueblo Español y sus Reyes, siempre le quedaba campo para escribir la particular de Valencia, que fue el reino donde el pueblo levantó con mas energía y entusiasmo exaltado los primeros gritos de la independencia, y de la guerra contra el tirano<sup>38</sup>.

Rico subraya el levantamiento regional en lenguaje nacionalista, manteniendo que el Pueblo Español fue el protagonista de la lucha y destacando al mismo tiempo el caso particular de Valencia. Algunos documentos contemporáneos corroboran su testimonio y muestran las intersecciones entre identidades regionales y nacionales que hubo en toda España. La *Proclama de la ciudad de Orense*, por ejemplo, se dirige sin rodeos a los habitantes de Galicia como españoles antes que otra cosa: «A ellos pues Compatriotas: destrozareis al enemigo: sois Españoles y basta. *Viva Galicia, viva la España, Viva la Fe, viva Fernando, Muera el Tirano*»<sup>39</sup>. El orden de lealtad es significativo, e indica la prominencia de un incipiente nacionalismo español.

De acuerdo con las crónicas de la época, Rico inspiró la resistencia contra Napoleón y sus colaboradores dentro de la ciudad,

---

<sup>38</sup> Juan Rico, *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia, que comprehenden desde el 23 de mayo de 1808 hasta fines del mismo año, y sobre la causa criminal formada contra el P. F. Juan Rico, el Brigadier D. Vicente González Moreno, el Comisario de Guerra D. Narciso Rubio, y otros* (Cádiz, 1811), iii.

<sup>39</sup> Citado en *Guerra de la Independencia: Proclamas Bandos y Combatientes*, Sabino Delgado, ed. (Madrid, 1979), 25.

instigando a sus habitantes a emprender preparaciones militares para frustrar una ocupación francesa. Mientras otros notables locales sostenían que las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII en Bayona habían tenido un carácter voluntario, él se opuso fervientemente al compromiso con los franceses y urgió al pueblo a tomar las armas. Como éste presionaba cada vez más a las autoridades y clérigos como Rico hacían campaña para que comenzara la movilización militar, el 23 de mayo de 1808 los dirigentes de la ciudad decidieron reclutar a todos los hombres de entre 16 y 40 años y organizar una junta de gobierno. Pero los ciudadanos clamaban por una declaración de guerra inequívoca contra Francia. Observa Rico:

«No quedó a pesar de esto satisfecho el pueblo, porque en el bando no se expresaba a nombre de quien se hacia el alistamiento, ni a que fin se dirigia; por lo que todos a una voz clamaron, que el alistamiento general se debía hacer a nombre de Fernando 7.º como legítimo Rei de España e Indias; y con la enunciativa clara que era para levantar un ejército con que oponerse a los que tenía el tirano en el suelo español, y con que defender la libertad y la independencia de la España<sup>40</sup>.

Rico consiguió pronto la declaración de guerra contra Francia, que el mismo día fue leída públicamente. Vicente González Moreno, que era el capitán del ejército y trabajaba de acuerdo con él, promulgó dos días después una declaración en la que mantenía que «nuestro objeto es solo la salvacion de la patria.» Moreno firmó el decreto como «El Comandante del Pueblo Soberano,» adhiriéndose con audacia al principio liberal de soberanía nacional<sup>41</sup>. El 27 de mayo, habían reclutado ya a más de 8,000 hombres. Rico puso a la nación española como la instancia básica de identificación que durante los comienzos de la 'revolución' había encarnado el rey, dejando firmemente establecida la definición de la guerra como una lucha nacionalista contra la tiranía francesa. Al declarar que la soberanía residía de hecho en el pueblo al tiempo que se mantenía fiel al trono, estableció la retórica legitimadora de la monarquía constitucional.

¿Quiénes eran las personas que Rico e historiadores posteriores glorificaron literal y retóricamente como protagonistas de la contienda? ¿Cuál era su origen social y cómo concebían sus acciones colectivas? Ciertamente, Rico consideró que el pueblo incluía sola-

<sup>40</sup> Rico, *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia*, 25.

<sup>41</sup> Fr. Vicente Martínez Colomer, *Sucesos de Valencia desde el dia 23 de mayo hasta el 28 de junio del año 1808* (Valencia, 1810), 17.



mente los hombres, pues 'el pueblo' se precipitó al arsenal para procurarse armas y unirse a las filas de la milicia durante la escaramuza inicial. El análisis de los miembros de la Junta Suprema de Valencia arroja luz sobre sus orígenes de clase; enumerados según el cuerpo constituyente al que pertenecían, representaban a los tres escalones superiores de la jerarquía eclesiástica, la burocracia estatal, la aristocracia de título, la judicatura, el ejército, el comercio y la artesanía. En la base de la pirámide social se menciona a los dos representantes del pueblo. En este ejemplo, el pueblo no significa la nación en su conjunto, sino que se refiere a las clases más bajas o plebeyas: jornaleros, trabajadores no integrados en la estructura gremial y pobres urbanos. En los discursos formulados a lo largo de la Guerra de Independencia, las referencias al pueblo pronto acabaron por connotar la nación. La idea del pueblo, convertida en una identidad nacional a partir de conceptualizaciones locales y provinciales, simbolizaba la transición del Antiguo Régimen a la nación moderna. Pero incluso los contemporáneos que simpatizaban con la causa de Rico advertían «los daños que podían seguirse de un pueblo que regularmente juzga por las primeras impresiones»<sup>42</sup>. Otros impugnaban la ignorancia de «la plebe» y condenaban la 'revolución' de Valencia<sup>43</sup>.

En su relato de la insurrección valenciana, el fraile Martínez Colomer describe de forma vívida el clima que rodeó al reclutamiento. El miedo a las clases más bajas, evidenciado por la tensa situación que describe, ilustra la volatilidad de la estructura social de Valencia: «quando acudieron a la Ciudadela el Excmo. Sr. Capitan General, el Sr. Arzobispo, Real Acuerdo, el brillante Cuerpo de la Maestranza, la Nobleza y muchas personas de caracter, temerosos de algun desorden, quedaron no menos contentos que admirados de ver el concierto y armonía que allí reynaba»<sup>44</sup>. El orden y la disciplina aparentes de los hombres disiparon las preocupaciones en torno a la naturaleza presuntamente impetuosa y feroz del pueblo.

Para financiar el ejército recién consagrado, Rico intimidó a los notables y utilizó sus temores al desorden y la anarquía. El 25 de mayo, promulgó una declaración que concluía diciendo:

El Pueblo Valenciano desea tranquilizarse. Para ello quiere que los vecinos [se refiere a la vecindad, la categoría de ciudadanía

---

<sup>42</sup> *Ibíd.*, 13.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, 11.

<sup>44</sup> *Ibíd.*, 16.

que se concedía cada vez más sólo a los varores adinerados de clase alta] de todos brazos perciban y den una idea a toda la plebe de las disposiciones que se toman para evadirnos del enemigo común, lo qual solo puede suceder constituyendo miembros, o individuos, que penetrados de las miras que se ha propuesto el pueblo en defenso del Reyno, sean admitidos en la Junta Suprema, y tengan cada uno de ellos un voto y voz<sup>45</sup>.

Rico, en efecto, abogaba por que se permitiera al pueblo unirse al gobierno e influir en los asuntos del reconstruido ejército. Como representante del pueblo, dio a las clases bajas una voz de la que hasta entonces habían carecido. Al hacerlo, aludió a las violencias que podrían producirse si el pueblo no conservaba la tranquilidad, pues insistió de manera retórica en su deseo de paz y armonía. Al colaborar con la Junta Suprema, mantuvo también que «La desconfianza de este mismo pueblo en las autoridades antiguas, comun en todos los tiempos de revolucion, podia dividir las opiniones y paralizar el buen exito de las empresas: siguiéndose de aquí la anarquía y el desórden, y por consecuencia forzosa la ruina del estado»<sup>46</sup>. Rico amenazó y engatusó a todos aquéllos que asociaba con el Antiguo Régimen, y no dudó en utilizar el poder del pueblo en armas para conseguir victorias políticas. Al representante local de Madrid, un afrancesado en potencia, le convirtió a la causa nacionalista atiborrándole de vino e insistiendo en que ablandaría al pueblo, que cuestionaba la lealtad del Intendente a la patria: «Aunque con quatro sangrias y sumamente intimidado y abatido, se presentó el Intendente en compañía de Rico, y dixo al pueblo que se desimpresionase de las sospechas que habia concebido contra su conducta, que el tiempo le convenceria de que abrigaba los mismos sentimientos de patriotismo que los demas españoles»<sup>47</sup>.

Los temores que despertaban las clases bajas se hicieron realidad durante un incidente que se produjo en Valencia a principios de la 'revolución', uno de los más sangrientos de la guerra. Tras la matanza de cuatrocientos españoles en Madrid que se produjo el Dos de Mayo, el día sacralizado que desencadenó la resistencia contra Francia, más de trescientos franceses residentes en Valencia, y que habían sido encarcelados a raíz de la insurrección, fueron masacrados. Baltasar Calvo, un canónigo que acababa de llegar de Madrid, dirigió unos ataques impulsados por un nacionalismo viru-

<sup>45</sup> *Ibíd.*, 19.

<sup>46</sup> Rico, *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia*, 64.

<sup>47</sup> *Ibíd.*, 57.

lentamente xenófobo, que hundía sus raíces en la Guerra contra la Convención de 1793-95. La sangría sólo se detuvo gracias a los esfuerzos de Rico y de la Junta para conseguir el arresto de Calvo y su deportación a las Baleares.

En los sermones reaccionarios de la época era patente el miedo a la agitación y la anarquía. El obispo de Orihuela, Francisco Antonio Cebrián y Valda, expresó a la Junta de Valencia su inmensa gratitud por haber suprimido la violencia desatada por Calvo en su Carta Pastoral de 3 de agosto de 1808, dirigida a todo el clero de su diócesis. No mencionó en absoluto la guerra ni a Napoléon de manera explícita, ateniéndose a una estricta interpretación de los hechos como castigo divino por los pecados del pueblo. Exhortó a todos los eclesiásticos a decir misa todos y cada uno de los domingos y en días sagrados, subrayando la obligación de los cristianos de obedecer y mantener el orden. Cebrián y Valda exhortó al clero a recordar «las obligaciones que tienen, y les impone la Ley divina y la sagrada Religión que profesamos, de dar el mas digno exemplo de obediencia a la Ley santa del Señor y a la potestad legítimamente establecida, y de moderación cristiana en todas sus acciones»<sup>48</sup>. La figura de Cebrián y Valda, ejemplo de clérigo absolutista preocupado ante todo del orden y la deferencia propias del Antiguo Régimen y hostil al imprevisible 'pueblo,' ponía en evidencia las grietas que había en las incipientes nociones de nacionalismo y soberanía popular.

Los sermones de la época muestran las tensiones inherentes a la construcción de identidades nacionales sobre la base de lazos tradicionales. En septiembre de 1808 Vicente Facundo Labaig y Lassala rindió homenaje a la defensa de Valencia ante los franceses, en junio de aquel año. Era un absolutista ilustrado, por lo que usó un lenguaje incipientemente nacionalista que en esencia seguía vinculado a los valores del Antiguo Régimen. Glorificó a los heroicos soldados de Valencia y sus sacrificios, pero comenzó dirigiéndose a la nación entera: «Nacion de heroes, terror del mundo, Españoles generosos, mas particularmente, Valencianos fidelisimos: Asi hablará la fiel y justa posterioridad quando en el gran libro de la historia lea grabada la noble y gloriosa memoria de vuestro valor, de vuestro patriotismo, de vuestro amor y fidelidad al Rey»<sup>49</sup>. Labaig y Lassala no dis-

---

<sup>48</sup> Francisco Antonio Cebrián y Valda, *Carta Pastoral. Nos D. Francisco Antonio Cebrián y Valda... Obispo de Orihuela... A todos los Curas, Vicarios y Regentes de las Parroquias, y a todos los Prelados Regulares de los conventos de Religiosos de esta nuestra Diócesi...* (sic) (Valencia, 1808), en C.D.F., vol. 43, sig. 256.

<sup>49</sup> Vicente Facundo Labaig y Lassala, *Sermon en accion de gracias al patriarca San Josef por la defensa de Valencia contra el exercito frances dia 28 de junio 1808*

tinguió claramente lo regional de lo nacional, ni marcó las fronteras de la patria que celebraba: la gente que ensalzaba, ¿eran patriotas españoles o valencianos? Subrayó, además, las dimensiones religiosas de la contienda, sosteniendo que «La guerra de que se trata, se considera como de Religion.» Pero puso a Dios y a la nación al mismo nivel al pretender que «una sola voz y un solo deseo armaba el brazo y movía la lengua de todo buen ciudadano para gritar altamente: *Guerra, guerra, muramos todos por Dios y por el Rey: viva la fe, viva la patria*»<sup>50</sup>. Una llamada al combate como ésta, y como tantas otras de la época, aunaba identidades religiosas, regionales y nacionales.

A los tres días de los sucesos de Valencia, comenzó en Sevilla una insurrección contra los franceses; el arzobispo de Laodicea, Juan Acisclo de Vera y Delgado, y el cura local Manuel Gil encabezaron un movimiento destinado a establecer una junta. Entre mayo de 1808 y el 1 de febrero de 1810, fecha de la caída de Sevilla, ambos incitaron al populacho a la resistencia. Partidarios de un absolutismo ilustrado en la tradición del regalismo dieciochesco, formularon un nacionalismo moderno que coexistía con artículos de fe tradicionales. En una proclama publicada en 1809, Gil yuxtapuso un retrato heroico de muerte y gloria con la infamia del cobarde: «Mas vale morir en el campo con honra, que vivir en la Patria con deshonor. Muerte e infamia al indolente y cobarde, alabanza y honor al esforzado y valiente»<sup>51</sup>. El arzobispo, que actuaba a la vez como presidente de la Junta Suprema y cabeza espiritual de la Iglesia en su provincia eclesiástica, urgió a los españoles, y en particular a los clérigos, a incitar a los soldados a que combatieran en nombre de Dios:

Al paso pues que exhorto nuevamente en el nombre de Dios, a mis venerables hermanos los eclesiásticos seculares y regulares de toda la nación, a que por quantos medios les inspire su zelo, sigan contribuyendo al alistamiento de tropas, y a la formación de Cruzadas y de partidas de guerrilla, inflamando contra la perfidia del invasor la religiosa lealtad de la patria<sup>52</sup>.

Su llamada a las armas utilizaba los términos nación y patria de manera intercambiable, y se dirigía a todos los españoles.

---

(Valencia, 1808), en *Colección Gómez Ímaz* (C.G.I.), Biblioteca Nacional, Madrid, 5.

<sup>50</sup> *Ibíd.*, 6.

<sup>51</sup> Manuel Gil, *Proclama dirigida a los estudiantes de Sevilla exhortandolos a la lucha contra Napoleón* (Sevilla, 1809), en C.G.I.

<sup>52</sup> Juan Acisclo de Vera y Delgado, *Exhortación del Serenísimo Señor D. Juan Acisclo de Vera y Delgado, Arzobispo de Laodicea, Presidente de la Suprema Junta*

La Junta Suprema de Gobierno de España e Indias, así llamada para simbolizar la supuesta unidad de los españoles, también intentó conjurar la invasión francesa. La Junta decretó de inmediato la leva en masa de todos los hombres de entre dieciséis y cuarenta y cinco años. Mientras Rico y la Junta de Valencia reclutaban a 8,000 hombres a los pocos días de la orden de alistamiento, más de 20,000 juraron fidelidad a Fernando en Sevilla el 26 de mayo. La proclama de la Junta que se publicó el 29 de mayo hacía hincapié en «las obligaciones sagradas que hemos antes contraído como Españoles, como Vasallos, como Christianos, como Hombres libres é independientes de toda autoridad extranjera»<sup>53</sup>. La Junta insistía en que la nación, una noción masculina y tradicional basada en la religión, las leyes y la monarquía, unió al pueblo de Sevilla contra los franceses, y el texto estaba dominado por referencias a la Nación, los Españoles y España. Sus autores ensalzaban al pueblo y pretendían que «El pueblo está pronto en la Nacion a tomar las armas; convidese a los Sabios de todas las Provincias a que conserven la opinion publica, y refuten esos libelos insolentisimos y llenos de falsedades atroces»<sup>54</sup>. Las autoridades se dieron cuenta pronto de la fuerza del pueblo armado contra los ejércitos saqueadores de Napoleón; las juntas gobernantes proclamaron así su fidelidad y formularon un incipiente relato histórico en el que 'el pueblo' era el principal protagonista de la contienda.

A la altura del 3 de agosto, los decretos de la Junta habían dejado establecida la idea de que el pueblo había sido el motor de la resistencia. Así, en ausencia del rey, el poder revertía legalmente al pueblo de la nación. La Junta proponía que, de acuerdo con las leyes y la historia del reino.

El pueblo reasumió legalmente el poder de crear un Gobierno, y esta verdad la confiesan abiertamente varias Juntas Supremas... El poder pues legítimo ha quedado en las Juntas Supremas, y por este poder han gobernado y gobiernan con verdadera autoridad... La situacion no ha mudado: el peligro dura: ninguna Autoridad nueva ha sobrevenido: reside pues toda la autoridad legítima en las Juntas que creó el Pueblo<sup>55</sup>.

---

*Central Gubernativa del Reyno, a sus amados españoles* (Cádiz, 1809), en C.D.F., vol. 43, sig. 260, 21.

<sup>53</sup> *Grito General de la Nacion: Proclama de Sevilla*, en *Guerra de la Independencia*, Delgado, ed., 71.

<sup>54</sup> *Ibíd.*, 75.

<sup>55</sup> *Manifiesto de la Junta Suprema de Sevilla*, en *Guerra de la Independencia*, Delgado, ed., 91.

Las Cortes, reabiertas en 1810, utilizaron el mismo lenguaje liberal, argumentando que la soberanía de la nación residía en sus representantes en Cádiz. Tanto en Valencia como en Andalucía, la lucha contra los colaboradores y la invasión francesa suscitó ideales de resistencia nacional, y el lenguaje de las proclamas originales que habían declarado la guerra, publicadas por toda la Península y las colonias, quedó consagrado en la Constitución liberal de 1812.

El clero de Andalucía también promovió la visión de un alzamiento nacional unánime. En las proclamas públicas y los sermones que se pronunciaban desde los púlpitos de toda España, se describía al pueblo como una fuerza unitaria dotada de una voluntad única para derrotar al enemigo. El 1 de enero de 1809, la Junta Central publicó un manifiesto a todos los europeos que condenaba la tiranía de Napoleón y rendía homenaje a la resistencia española. El documento atribuía a la voluntad de la nación un aura mítica:

Sólo un insensato puede desconocer en este movimiento tan universal y magnánimo la voluntad de una Nación entera, que aspira a defender su honor y su independencia. ¿Cómo explicar sino este fenómeno político, tan admirable como singular, de moverse casi en un mismo día, con el mismo espíritu, por el mismo camino, y baxo una forma misma de gobierno, tantas Provincias diferentes, sin preparacion, sin comunicación alguna entre sí?<sup>56</sup>.

Un sermón pronunciado en Antequera por un regular absolutista-ilustrado, en septiembre de 1808, describía también a un pueblo desafiante animado de un espíritu nacional unificador:

... la Religion católica, lejos de apocar los espíritus, como tal vez lo habrá oido en las escuela de los incrédulos, los hace mas adictos al Soberano y a la patria; y que siempre ha sido invencible un pueblo, que se presenta en el campo de batalla movido del zelo de la religion, animado con la esperanza de una vida venidera, y puesta toda su confianza en la justicia de su causa y en la proteccion del Dios de los ejércitos<sup>57</sup>.

Los clérigos sostenían que una nación española unida no podía ser derrotada. Los ejércitos españoles, dirigidos por gente invenci-

---

<sup>56</sup> *Manifiesto de la Nación Española a la Europa*, en C.D.F., vol. 16, sig. 26, 21.

<sup>57</sup> Manuel de la Virgen del Rosario, *Oración fúnebre que en las solemnes de los militares difuntos en la jornada de Baylén y anteriores* (Málaga, 1808), en C.D.F., vol. 16, sig. 31, 30.

ble y que contaba con la protección divina, acabarían por imponerse. Los eclesiásticos postulaban una identidad nacional entretejida con referencias religiosas y el lenguaje de la soberanía popular, y a lo largo de la guerra contribuyeron a la movilización militar e ideológica.

El regionalismo y el nacionalismo convergieron también en muchos sermones de la época. Manuel María Rodríguez y Romero, por ejemplo, sostenía: «Se oyó por todas sus calles y plazas: *Viva la religión santa: Viva Fernando VII...* Este fue el feliz momento en que la voz del pueblo era la voz de Dios, voz de virtud grande y poderío, que conmovió a todos los ciudadanos de Sevilla»<sup>58</sup>. La lógica de Labaig y Lassala reflejaba la idea de que la voz del pueblo de Sevilla era la voz de Dios cuando se preguntó retóricamente: «¿No diremos, católicos oyentes, que Valencia fue en esta ocasión el pueblo de Dios, hecho el terror y espanto de los Moabitos y Amonitas?»<sup>59</sup>. Al igual que empezaron a identificar la nación religiosa con la nación española, los clérigos siguieron refiriéndose a los fieles locales como el pueblo de Dios. Tanto Rodríguez y Romero como Labaig y Lassala sostuvieron que los ciudadanos de Sevilla y Valencia constituían el pueblo elegido de Dios, un discurso que pronto evolucionó hacia un nacionalismo basado en particularismo católico.

Muchas de las batallas de la Guerra de Independencia tuvieron lugar en la España rural, y enfrentaron a las fuerzas francesas con las partidas de guerrilleros que se habían formado por toda la Península a la altura de 1809. Los proyectos que se concebían en las zonas urbanas de Valencia y Sevilla no correspondían necesariamente a la geografía socio-económica del campo, donde vivía la mayoría de la población. Pero el caso del guerrillero más importante del campo valenciano parece indicar que las ideas liberales y la monarquía constitucional establecida en 1812 tenían eco entre muchos campesinos del Levante. Fray Ascencio Nebot reclutó a 4,000 combatientes durante sus campañas contra los franceses, en las que trastornó las comunicaciones, capturó armas y derrotó a los destacamentos enemigos. Nebot, que contribuyó a expulsar a los franceses en la primavera de 1813, tuvo un papel decisivo a la hora de resistir y quebrantar a las fuerzas de ocupación. Manuel Ardit, que cita a un historiador decimonónico, sostiene que Nebot rentabilizó las privaciones sufridas por los campesinos durante la guerra, lo

---

<sup>58</sup> Manuel María Rodríguez y Romero, *Sermón Moral en que se reconviene a Sevilla* (Sevilla, 1808), en C.D.F., vol. 16, sig. 32, 8.

<sup>59</sup> Labaig y Lassala, *Sermón en acción de gracias al patriarca San Josef*, 30.

que le permitió atraerse a personas que habrían sido incapaces de subsistir de otra forma<sup>60</sup>. La crisis y el trastorno económico provocada por la guerra contribuyó sin duda a la efectividad del reclutamiento. Pero estas condiciones estructurales no explican la ideología extremadamente liberal que propagaron Nebot y sus seguidores. Sus éxitos, divulgados por la prensa valenciana, indican la centralidad de la identidad nacional y su confluencia con el liberalismo a ojos de los guerrilleros:

El sargento I.º Tomas Galindo alza de nuevo la escala, y con una decision del todo española, habló así; *mi capitan los dos hemos de morir hoy; pero a mi me toca primero*. Trepa este esforzado valenciano, siguele el capitan y toda la compañía, y despues de varias escaramuzas, y sablazos, se apoderan de la muralla. Se alza el grito de: *viva España: viva la Constitucion*; y comenzamos a derramarnos por las calles. No es facil describir el asombro de los gavachos, ni la velocidad, y valor de nuestros valencianos<sup>61</sup>.

Nebot describe una campaña en la ciudad de Morella, haciendo hincapié en la valentía en cuanto parte del carácter nacional. Su relato mantiene la identidad regional de los soldados, y al mismo tiempo destaca que combaten y mueren por la nación española y la Constitución. Su ejército, compuesto en gran medida de campesinos sin tierra y pequeños propietarios, luchó por las causas que fueron formuladas en primer lugar por las élites urbanas en las juntas provinciales, y después consagradas en la Constitución de 1812.

Los clérigos de toda España entendieron que la Guerra de Independencia suponía una ruptura con el pasado y con el lenguaje del Antiguo Régimen. Las guerras ya no se basaban sólo en los lazos jerárquicos entre los vasallos y sus señores y entre éstos y los reyes: el pueblo debía su fidelidad a la nación española por encima de todo. El pueblo se había convertido en protagonista del relato y había conseguido romper sus vínculos con el pasado. A juicio de Antonio Alcalá Galiano, «el pueblo pasó de obedecer a mandar, y de no cuidarse de la causa pública a ocuparse en ella con celo ardiente, con ansias vivas, con cuidado mortal»<sup>62</sup>. En un escrito de 1809, Molle captó los cambios fundamentales que habían tenido lugar:

---

<sup>60</sup> Manuel Ardit Lucas, *Revolución liberal y revuelta campesina: Un ensayo sobre la desintegración del régimen feudal en el País Valenciano (1793-1840)* (Barcelona, 1977), 211-12.

<sup>61</sup> *Gazeta del Reyno de Valencia* no. 36 (8 de mayo de 1813), en C.G.I., 193-94.

<sup>62</sup> Antonio Alcalá Galiano, *De nuestras costumbres políticas*, en *Obras escogidas* (Madrid, 1955), 463.



La guerra en que la Nación está empeñada, no es una de aquellas que ordinariamente acostumbramos a ver entre los Príncipes. Estos tienen sus contiendas, sin consultar las más veces el interés del pueblo, y las siguen guiados de una política tenebrosa, que no puede contar con más tropa ni auxilios, que los que a fuerza se les prestan. La suerte de estas guerras queda entregada a la fortuna, y a los cálculos buenos o malos del Gabinete. Pero al presente la que sostiene la Península es guerra nacional, la mantendrá en masa todo el tiempo que fuere necesario hasta la destrucción del monstruo que detesta<sup>63</sup>.

Molle percibía la contienda como la movilización de un pueblo entero contra otro, que hacía necesario un compromiso nacional para buscar y alcanzar la victoria. Los príncipes y los ministros ya no se enfrentaban en batallas decididas por los caprichos de la fortuna. Sólo las acciones colectivas podían frenar el avance de un ejército moderno, reforzado por levas en masa y abastecido por toda una nación.

Emile Durkheim sostenía que «el lenguaje, y en consecuencia el sistema de conceptos que transmite, es producto de una elaboración colectiva. Lo que expresa es la manera en que la sociedad en su conjunto representa los hechos de la experiencia. Las ideas que corresponden a los diversos elementos del lenguaje son, así, representaciones colectivas»<sup>64</sup>. Aunque él interpretaba la evolución de las formas lingüísticas en el largo plazo, ciertos periodos de la historia marcan hitos de cambio y transición. Durante la Guerra de Independencia española, los conceptos del nacionalismo empezaron a servir como representaciones de una realidad cambiante y fluida, en la que la lealtad a la nación se sobreimpuso a las identidades locales y acabó representando la lucha de un pueblo católico contra los franceses. Los discursos del nacionalismo español, que obviaban las clases y con frecuencia asociaban comunidades rurales y urbanas, resonaron desde los púlpitos y en los campos de batalla. Las experiencias de quienes vivieron las revoluciones de finales del siglo XVIII y principios del XIX inspiraron un nuevo vocabulario político, que en España hizo concordar las identidades colectivas con las incipientes nociones de la nación moderna.

Traducción de Hugo García

---

<sup>63</sup> Molle, *Efectos de la lealtad y del valor heroyco de los Españoles*.

<sup>64</sup> Emile Durkheim, *The Elementary Forms of the Religious Life* (Nueva York, 1915), 482.